

Hablando de la relación de la joven María con su entorno universitario, fue una filósofa europea *primera*, (p. 22) al igual que Hannah Arendt, por ser pensadoras pioneras en un ámbito receloso a la hora de acoger a mujeres con un nivel y una calidad intelectuales a la par de los filósofos varones de su época. Como recuerda Agustín Andreu, Ortega hace que su alumna empezara a pensar acerca del puesto del «cosmos en el hombre» (p. 39). La joven Zambrano califica el alma cual eje central de su metafísica, desde la relevancia con la que contaba en la herencia del cristianismo. «¿Intuía Ortega a una María mística en cierta medida?» (p. 41). Luego vino el soplo espiritual que trajo el exilio, la experiencia existencial que todo ello conllevó, incluido el encuentro más prolongado con América.

Tras el análisis biográfico, cobra vida él de los textos. Se abordan temas como el liberalismo de la línea de Nietzsche, Don Blas, Machado, Ortega, Marañón. El liberalismo se presenta como curación para la realidad política enfermiza de España y del mundo. Además, se trata de la relación entre el individuo y la Historia, que hace del *Adsum* zambrano, un «delirio y destino» compatible con las inquietudes metafísicas de todos los seres humanos actuales y pasados. La culminación de este proyecto será *Hacia un saber sobre el alma*, con su «Metafísica de la vida» y los grandes problemas de «Nuestro tiempo». La autora nos recuerda que para María nacer es una tragedia, porque nacer implica convertir en concreción el sueño de nuestros padres, es decir, primeramente el sueño de Dios. Pero a la vida le damos forma nosotros, cada uno con una forma espiritual propia, acompañando cada acción con el ejercicio de nuestra libertad. El núcleo del pensamiento metafísico zambrano, es pues, una razón que se hace poética, que delira, que deja al margen el saber racionalista para defender la idea que el alma es vida y que el conocimiento tiene que concretarse y aprovecharse a favor del existir de los hombres.

La joven Zambrano, en armonía tal vez con Teresa de Jesús, anhela hallar un conocimiento que acaricie el interior del hombre, que ponga en movimiento su imparabile

estado naciente. Se traslada la metafísica de lo teórico al individuo concreto, de la lógica a la experiencia de vivir. «Es un proyecto el de María que rechaza esa carrera hirsuta en el sentir y solitaria en el vivir del filósofo occidental, en pro de una vida más profunda más propia, que sea de «revelación de sus entrañas», donde el pensamiento más de corazón, atiende su hondura, sus malestares, sus infiernos, su divinidad» (p. 134). De esta forma se recupera la metafísica a principios del siglo XX. Así una aprendiz filósofa moldea una propuesta de salvación del hombre contemporáneo de sus fragilidades existenciales. Así María Zambrano se prepara a ser la pensadora madura, presente en los «Claros del bosque». – VERONICA TARTABINI

SEPÚLVEDA DEL RÍO, I., *La vivencia religiosa en el mundo secular. Trascendencia e individualidad desde la perspectiva de Charles Taylor*, Biblioteca Teológica Granadina, Granada, 2019, 303 págs.

No es exagerado decir que *Ser y tiempo* de Martin Heidegger es uno de los libros que han marcado la historia contemporánea de la filosofía y el momento presente. Sin embargo, en ese libro no hay ninguna palabra dedicada ni al amor ni a la religión. Cómo sea eso posible es algo absolutamente lejano al acercamiento de Charles Taylor a la religión, objeto central del libro que comentamos. Ignacio Sepúlveda en este estudio, que surge de sus investigaciones doctorales y postdoctorales y prologado por Jesús Conill, piensa al ser humano, la religión y el momento presente tomando como interlocutor fundamental al filósofo canadiense. Unido a los análisis de este filósofo el autor acompaña las reflexiones con el aporte de Xavier Zubiri. Los dos, tanto Taylor como Zubiri, han planteado la cuestión de la religión no en la problemática del «sentido» del ser, sino desde la trascendencia y de la religación respectivamente. Nos encontramos, pues, con dos acercamientos al hecho religioso y sus implicaciones antropológicas, culturales, políticas desde un horizonte que no es ni el planteamiento clásico medieval, ni sólo el moderno ilustrado y, por supuesto, tampoco el de la hermenéutica de la facticidad.

El texto aborda dos grandes cuestiones: en primer lugar, analiza y valora el aporte de Taylor al análisis de la religión, del hecho religioso. En segundo lugar, el autor piensa el papel de las religiones en el espacio público en el momento presente sirviéndose de las intuiciones del filósofo canadiense, así como del citado Zubiri y el diálogo con Habermas, entre otros.

A la hora de expresar el pensamiento de Taylor, su evolución y sus aportes, el libro coloca en el centro de su planteamiento religioso el concepto de trascendencia. Consideramos que es muy relevante que así sea ya que este concepto implica, como se muestra en el mismo libro, la necesidad de pensar al ser humano como capaz de trascendencia, que no debe ser identificado sin más como *capax Dei*. Esta tesis supone también la imposibilidad de situar al ser humano como un ser clausurado en la finitud de su propia existencia o de los límites socio-culturales que determinarían su comprensión de la realidad. Los análisis del concepto de trascendencia en Taylor, su evolución en sus diversos acercamientos, sus luces y sus sombras, es uno de los grandes aportes de este libro, ya que coloca la cuestión relevante de la posibilidad misma de la religión en el centro de la reflexión. Si el ser humano no fuera capaz de trascender, la religión sería, como indican otros autores que también son recogidos en el libro, un subproducto cultural, psicológico, económico, etc. La trascendencia en Taylor, a juicio del autor del libro, no es sólo una respuesta condicionada por lo que nos falta o carecemos en nuestra realidad, sino como un deseo de algo mayor, «de un bien que va más allá de lo puramente humano, de la pura prosperidad en el sentido de tener una vida larga, sin enfermedades y sin sufrir catástrofes naturales» (p. 169). Por eso es absolutamente necesario una *metanoia* y una *metapraxis* en el ser humano. Sin una conversión del ser humano, la trascendencia quedaría reducida a una prolongación de lo que naturalmente queremos o deseamos o de lo que nos falta por cuestiones históricas. La conversión integral del ser humano es causa y a la vez consecuencia de un abrirse a la trascendencia.

Esta idea de la trascendencia es la que permite anclar el análisis de Taylor, por un lado, en las reflexiones de la filosofía y la fenomenología de la religión, así como, por otro, vincularlo al planteamiento zubiriano y a la necesidad de articular hoy la religión en las sociedades plurales. ¿Por qué es así? Porque el planteamiento de la trascendencia en Taylor, aún asumiendo sus límites que quedan reflejados en el capítulo 4, permite articular la peculiaridad de la realidad que es dinámica y da de sí algo más de lo que ella es hoy, que el ser humano está en la realidad llevado e impelido por ella a pensarla, a trascenderla hacia más plenitud. El planteamiento zubiriano le ayuda al autor del libro a mostrar cómo es necesario vincular la trascendencia con la realidad y no sólo ni fundamentalmente con un «más allá». Zubiri estudia el tema de la religión desde el poder de lo real al que estamos ligados. Esto permite plantear la trascendencia como un ir cada vez más a lo radical, a la realidad, al «más acá» y al poder que la sustenta. Es decir, que la trascendencia no es ir hacia otra realidad, sino ahondar en la realidad que nos posibilita ser. El autor del libro, con acierto, acude a Zubiri para poder completar y enriquecer una idea de trascendencia, la de Taylor, que puede quedar reducida a un énfasis excesivo en el «más allá». Es cierto que la comprensión de Taylor puede aglutinar a religiones muy diversas y a planteamientos no-religiosos, o incluso espiritualidades al margen de las religiones oficiales. Pero no es menos cierto que se queda corto tanto al enfatizar en exceso el remitir a algo que está más allá, de ahí que se recojan las críticas que se han hecho a su idea de trascendencia como minusvaloración del «más acá», como en interpretar muchas veces el sentido de trascendencia desde una tradición particular, la de un Dios personal. Por eso Zubiri puede aportar a sus análisis una nueva manera de articular lo religioso y lo real, así como una manera de entender el lugar del ser humano en la realidad abierto al poder de lo real.

La primera parte del libro está dedicada a un panorama de la filosofía y la fenomenología de la religión. Es muy acertado empezar por un encuadre así, ya que permite

ver mejor el aporte de Taylor al momento actual de estudios sobre la religión y de esta en el espacio público. Creemos que podría haber servido de ayuda el acoger el debate actual de la religión en la recepción no heideggeriana de Husserl en habla francesa. Me refiero, sobre todo, a lo que ha dado de sí el planteamiento de Levinas, Michel Henry, Jean-Luc Marion, entre otros. Tanto desde el planteamiento peculiar judío de Levinas, que podría haber ayudado también al autor a un análisis más matizado de lo que es el judaísmo, como desde el planteamiento de una filosofía de la carne henryana, estos podrían haber enriquecido más aún el panorama filosófico sobre la religión. Los dos coinciden que es posible un análisis de la religión que no quede reducido a la cuestión del sentido y menos aún al sentido del ser, como Taylor y Zubiri. El planteamiento levinasiano podría haber aportado la dimensión ética de la religión, o que la religión se juega fundamentalmente en la relación social, en la relación ética. Estos aportes pueden enriquecer la idea de trascendencia y, al menos, su revisión crítica. Como el propio autor del libro indica, no cualquier desarrollo de la trascendencia es éticamente aceptable ni socialmente institucionalizable. Si lo ético no es esencial o no entra de alguna manera en la comprensión del hecho religioso, será difícil articularlo posteriormente. El planteamiento de Henry también podría aportar, desde una visión si se quiere exagerada, la valoración de la inmanencia radical de la Vida con mayúsculas hasta el punto de que esta se autoafecta en mi propia afectividad carnal, es decir, una filosofía radical de la encarnación y de la trascendencia en la vida del ser humano.

Es muy relevante el énfasis que el libro, recogiendo las intuiciones de Taylor, nos indica al afirmar que la religión no puede quedar relegada al espacio de lo privado. La secularización no debe llevar necesariamente a este arrinconamiento. Además, no sería bueno ni para las propias religiones ni para el intento de fortalecer una ciudadanía multicultural e integradora. Este énfasis aparece de una manera muy rica en la comparación con la filosofía de W. James. Este debate nos muestra la necesidad de no

pensar la religión al margen ni de la razón, ni de la comunidad dejándola reducida casi exclusivamente a la experiencia individual. Al hacer esto Taylor, y separarse de James, quiere enfatizar el papel de la razonabilidad de la religión, y no encasillarla en el sentimiento como su lugar natural, el papel en la historia en aquella, así como la importancia de las comunidades religiosas a la hora de configurar y vivir la experiencia religiosa. En estos estudios se echa en falta mayores matices a la hora de evaluar el papel de las iglesias que nacieron de la Reforma en el proceso de secularización, de individualización de la religión, y del excesivo énfasis culpabilizador en la vivencia religiosa.

El autor del libro recoge los análisis de Taylor donde compara la comprensión de la religión hace cinco siglos y hoy, mostrando la casi imposibilidad del ateísmo en ciertas culturas pasadas y el paso de un mundo encantado a un mundo desencantado. La manera de comprender al ser humano, el tiempo, el espacio, los famosos conceptos de yo poroso, yo blindado, *higher times* son explicados con claridad. Aunque no están exentos de problematicidad estos análisis, el autor nos ayuda a ver que el paso de un mundo encantado a uno desencantado no es algo directo. Como él nos indica: «El caso paradigmático de esta situación es la de Estados Unidos» (p. 218). Los análisis que el autor recoge sobre Taylor, así como la casi totalidad de la bibliografía, están centrados en el mundo anglosajón y preponderantemente en Estados Unidos. Es coherente con el autor que se estudia. Creo que hay que agradecer al autor del libro este reconocimiento ya que, si quisiéramos comprender el fenómeno de la secularización y el lugar de la religión en el espacio público en Europa en su conjunto, deberíamos introducir otros elementos de análisis. Si el objeto de estudio fundamental es la religión, podría haberse ampliado el foco tanto en lo que se refiere al análisis de las religiones, como en lo que tiene que ver con la reflexión dada en la filosofía francesa o haber desarrollado más la latinoamericana. El autor reconoce que en Europa el tema de la secularización y la religión en el espacio público es algo diferente al de Estados Unidos: «En Europa

la relación entre el mundo secular y la religión, debido a las guerras y las posturas religiosas integristas, al avance de la democracia y de los derechos humanos, entre otras muchas cosas, se ha presentado compleja y llena de sospechas mutuas» (p. 218).

Si los dos temas fundamentales del libro son el análisis del hecho religioso desde la filosofía de Taylor y la religión en el espacio público, los últimos capítulos abordan la segunda cuestión sin olvidar los aportes de Taylor. Es cierto que se incorpora un nuevo interlocutor como es J. Habermas. A la hora de analizar la situación actual de la religión y las vivencias de esta, el autor considera que han ido en aumento fenómenos como el ateísmo, agnosticismo, las vivencias sin adhesión a religiones establecidas, creyentes que han abandonado la práctica activa o comunitaria, ampliación de las creencias a otro tipo de religiones y/o espiritualidades (p. 239). Ahora bien, quedan un poco al margen otras vivencias religiosas que deben ser analizadas como son el rechazo de mucha de la cultura actual de tradición judeocristiana porque se la considera causante o culpable de alguna manera los mayores males del siglo XX y XXI como la Shoah, el colapso medioambiental, la situación de la mujer, etc. También sería necesario, para completar el panorama de la religión hoy, ver el problema del terrorismo de inspiración religiosa, el fundamentalismo, la utilización de la religión con fines políticos identitarios como en algunos países de Europa, las dictaduras teocráticas, el papel de la religión en la igualdad entre hombres y mujeres, etc. Los planteamientos de Taylor, y del propio Habermas, se ven interpelados por la necesidad de repensar lo ético y su relación con la religión. De no hacerse, podría pensarse, sin más, que lo religioso es bueno o es malo con independencia de lo que en ellos aparece sobre la dignidad humana y el bien que merezca ese nombre. En EE.UU., por seguir con el ejemplo paradigmático, se considera esencial para la unidad nacional y la moralidad de la nación la religiosidad, como recoge acertadamente el libro. En esta tradición política el desarrollo de lo religioso por cada individuo en libertad es fundamental para él mismo y

para las comunidades y la nación. Sin embargo, como se recoge al final del libro, en Francia la laicidad es la clave, es decir, la no-confesionalidad ni del Estado ni de los espacios públicos. Es fácil criticar a Francia desde modelos de pensamiento norteamericanos al igual que es fácil la caricaturización de lo religioso en EE. UU. por parte de analistas europeos. Pero ni en un debate ni en otro debería orillarse la cuestión de los fundamentos que hacen posible este diálogo, es decir, las cuestiones esenciales de la religión y la filosofía. Tanto en uno como en otro hay un uso de la religión que no tiene en cuenta la consideración singular de esta, sino su utilización al servicio de un bien mayor: la convivencia social, la prosperidad de la nación.

¿Es posible pensar la relación nación y religión sin caer en esos paradigmas y sin restringir, por otro lado, la religión a la esfera privada? Hubiera sido interesante prolongar más la distinción de los planos de análisis ya que no es lo mismo el debate sobre, por un lado, lo que es la religión en sí, la dimensión ética o no de la misma, la vivencia comunitaria y la experiencia religiosa individual de, por otro lado, la política y los medios necesarios para la convivencia y cohesión social. Por ejemplo, el autor del libro dice: «Una democracia de verdad no puede, bajo ningún concepto, ser antirreligiosa —ni tampoco vivir de una religión civil—, por muy difícil que pueda ser el consenso superpuesto» (p. 264). Evidentemente se quiere enfatizar con este texto la tolerancia como clave de un Estado democrático, así como la imposibilidad de considerar la imposición de ninguna religión en el espacio público. Pero si esta frase fuera una aseveración ética de carácter normativo, deberíamos añadir que hay religiones y maneras de vivir la religión que son contrarias a la democracia, que quieren acabar con la misma y que no tienen cabida en un sistema democrático, en un Estado social y democrático de derecho. La plasmación o la concreción de esta afirmación ética es enormemente difícil, ya que siempre necesitará de consensos y diálogos para no acabar en una violencia que ocasionará mayores males. Pero eso no es óbice para que no

dejemos de reflexionar sobre qué vivencias religiosas individuales y comunitarias pueden y deben ser aceptadas éticamente y cuáles no. Si los consensos superpuestos nos llevan a este debate público, entonces van más allá de una estrategia social de intentar que la tolerancia triunfe. Estos no son objetivos menores en sociedades tan divididas y con tantos desgarros. Pero la filosofía no puede quedarse ahí si quiere seguir siendo una responsabilidad absoluta para con la verdad y el bien, lo bello y lo justo.

El texto que nos ocupa ofrece al lector o lectora una aproximación rigurosa al planteamiento de Taylor tanto sincrónica como diacrónicamente. El autor se ha tomado la molestia de mostrarnos la riqueza de los múltiples estudios del filósofo canadiense, los pensadores con los que dialoga, las revisiones que va haciendo de sus posturas y el aporte que hoy puede seguir ofreciendo. El libro también nos permite acercarnos a muchos y diferentes autores que han abordado el problema religioso y, aunque con la preferencia de la ya citada bibliografía anglosajona, supone un estudio al que acudir para ver el estadio de la cuestión del hecho religioso desde la perspectiva iniciada por Taylor y sus múltiples trabajos. – ÁNGEL VINAS VERA (avinatas@uloyola.es)

FRAIJÓ, M., *Semblanzas de grandes pensadores. Conferencias*. Editorial Trotta, Colección Estructuras y Procesos, Serie Filosofía, Madrid, 2020, 462 págs.

La expresión «caminamos sobre hombros de gigantes» se suele atribuir erróneamente a sir Isaac Newton. El 15 de febrero de 1676 escribía en una carta al físico Robert Hooke: «si he podido ver más lejos es porque me encaramé a hombros de gigantes». Parece ser que esa expresión no es original de Newton, pues los expertos la atribuyen en el teólogo y filósofo John de Salisbury (1115-1180). Sea o no Newton el autor, merece nuestra atención. La historia social de las ciencias muestra que el desarrollo del pensamiento racional no suele ser obra de una sola persona. Ya Thomas S. Kuhn destaca la importancia de las comunidades científicas como constructoras de los

paradigmas que fortalecen, transforman y derrocan las teorías científicas.

De igual modo, las ciencias sociales crecen y se edifican desde determinadas concepciones del mundo y de la realidad. Históricamente, han sido los llamados «pensadores», las mentes más privilegiadas, las que encaramándose a los hombros de los pensadores anteriores han hecho avanzar la interpretación de los procesos sociales.

La revista *Pensamiento*, intenta, desde su fundación, ofrecer a un público de cierta formación de nivel universitario unas pistas para reflexionar sobre el mundo que nos rodea desde las categorías culturales de nuestra época y teniendo como trasfondo la reflexión filosófica. En una sociedad multicultural urge la construcción de espacios y plataformas de reflexión interdisciplinar que saquen de la atonía la cultura de masas dominante que solo busca consumir sin que ello transforme los hábitos de vida.

Desde esta perspectiva, la búsqueda del sentido de la vida en una sociedad multicultural es una tarea apasionante. Y para este tipo de lectores la reflexión compartida con los que pueden denominarse «grandes pensadores» abre horizontes de posibilidad de ser creyentes en el siglo XXI. Desde este marco cultural presentamos este comentario al reciente libro del profesor Manuel Fraijó, catedrático emérito de Filosofía de la religión en la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). El autor no solo ha desarrollado una intensa labor magisterial en la Universidad, sino que sigue siendo un fecundo conferenciante en el ámbito de la Historia de la filosofía, de la Filosofía de la religión, de la Historia de las Religiones y de la Teología. En estas conferencias, tanto en España como en América Latina, confronta con sus oyentes no solo los resultados de sus estudios sino también la reelaboración continua de sus propias vivencias humanas y espirituales enriquecidas por las aportaciones de los que pueden denominarse «grandes pensadores».

No es fácil delimitar qué es lo que puede entenderse por «grandes pensadores». En el libro que comentamos se refiere solamente a aquéllos hombres (prácticamente todos) que desde la reflexión racional (filosófica)